La novela de los literatos

Posted on 1 de diciembre de 1996 by Santos Sanz Villanueva

Las seiscientas páginas de caja ancha y letra menuda por las que se extiende la primera novela del joven Juan Manuel de Prada indican una ambición que contrasta con las escuetas dimensiones de los relatos de tantos autores recientes de parecida edad que llegan a dar la medida de un libro porque el editor se socorre con gorda tipografía. La dimensión material de una obra no asegura calidad, pero sí deseo de hacer las cosas bien, con empeño, mérito y seriedad. Todo ello está patente en *Las máscaras del héroe* hasta el pleonasmo, de modo que en la virtud lleva también el pecado, al grado de que pocos libros habrá en los que los muchos aspectos dignos de elogio se emparejen con no menos limitaciones o reservas.

Todo ello procedente de un doble punto de partida, una ambición de relato caudaloso y unas ganas de escritura brillante que se convierten en inconveniencia, desmesura o gratuidad. Pecados éstos que vienen de un autor primerizo, bien dotado, pero poco comedido y hasta inocentemente pagado de sí mismo y de su capacidad. Ese exhibicionismo juvenil de querer deslumbrar provoca un puro acarreo de materiales que van a parar a una especie de novela río histórica en la que cabe todo, pero en la que podría haber menos o más y, en ambos casos, daría igual. Uno tiene la impresión, defecto bien patente y frecuente en la *opera prima* de los cineastas, de que ahí va a parar todo lo que se sabe y se ha aprendido como una galería de conocimientos que pueden ser valiosos, pero no siempre necesarios u oportunos.

Las máscaras del héroe recorre un largo trecho de la vida española desde la aurora de las vanguardias, la de *Ultra,* en los años diez, hasta el comienzo de la ominosa posguerra. Salvo un puñado de páginas iniciales y otro de cierre, la novela se construye como las memorias de un tal Fernando Navales, testigo y protagonista de algunos señalados sucesos de ese tiempo. Podría tratarse de una novela de personaje, siguiendo una terminología convencional, pero es así sólo en parte. El autor renuncia a la posibilidad de desarrollar un análisis del protagonista y se limita a la figura estática de un tipo en todo momento deleznable porque lo convierte más que en un ser con entidad propia, en pretexto para enlazar estampas del verdadero eje de atención de la novela: la vida de la bohemia literaria madrileña de la época. Dentro de ésta, hay un núcleo, una verdadera biografía, la de un escritor menor, aludido de pasada en las historias, Pedro Luis de Gálvez.

Este personaje patético y miserable que rondó los arrabales literarios y periodísticos del primer tercio largo del siglo, se convierte en el individuo más importante de la novela, cuyo título alude precisamente a él, a su contradictoria personalidad, a las «máscaras y afeites,

disfraces y fingimientos» que necesita un héroe para sobrevivir en un mundo de personas vulgares. Ya el hecho de toparnos con Gálvez desde una perspectiva heroica apunta a unapeculiar visión del mundo y a una curiosa preeminencia de valores que, de sostenerla, puede llevar a De Prada a un callejón de difícil salida. No se configura aquí como una propuesta trabada, como una desiderata filosófica o política porque parte más de una fascinación por la literatura y su entorno de malditismo y menesterosidad que de otra cosa. Pero tampoco se puede olvidar que en aquella dirección apuntan el gusto del autor por la escatología y la crueldad. Aunque no debamos perder de vista que Navales no es Prada y que las actitudes del hijo de ficción no deben identificarse con su creador, sospecho que hay un incierto terreno en el que ambos se solapan. En apoyo de mi hipótesis puede aducirse que el estilo de Navales no es distinto del de la prosa periodística o narrativa de Prada y posturas o ideas que éste ha defendido en artículos no disuenan en algunas opiniones de la criatura imaginaria.

A través de Gálvez y de Navales, desfila por la novela la nómina mayor y menor de la cultura y el periodismo españoles de entonces: de Baroja, Valle, Gómez de la Serna o Buñuel a Colombine, Vidal y Planas u Hoyos y Vinent; del modernismo rezagado y las vanguardias a los escritores fascistas. La longitud de esa nómina y la cantidad de lecturas y de datos de historia literaria menuda que acoge la novela es impresionante, más si se tiene en cuenta la edad del autor. En todo ello vemos la condición letraherida de éste y el impulso artístico que le domina, en el que vive como el pez en el agua. El ingente acopio de materiales que acumula prueba su enorme capacidad para hacer una literatura de segundo grado: novela de la literatura más que de la vida; novela de la pasión de la escritura, de sus afanes y miserias. Las anécdotas –reales, apócrifas o inventadas- se agolpan bajo el dictado de un profundo gusto por contar y producen una línea argumental llena de situaciones interesantes, en general amenas, algunas escalofriantes y en algún momento algo fatigosas por su exceso. El problema de esta materia excelente en sí misma (y olvidando algún anacronismo) está en su carácter tributario de unas fuentes que no se citan, pero que resultan claras a cualquier mediano conocedor del momento.

Traer a cuento la sabida indecisión de Baroja con el régimen de algunas preposiciones _si alguien va de o con alpargatas- parece ejercicio de escolar aplicado. Numerosos juicios personales o literarios semejan cadena de respuestas de un estudiante aventajado que quiera deslumbrar en un examen y no tienen la vida y espontaneidad que alcanzan semblanzas semejantes en, por ejemplo, *La novela de un literato*, las jugosas memorias de Cansinos-Assens, al que mucho debe Prada y a quien Navales paga con puyazos.

La literatura como noticia figura entre la materia básica de *Las máscaras del héroe*, pero no

acaba ahí lo que ahora se llama metatextualidad. También alcanza al estilo. De nuevo la valoración de la novela debe afrontar una vertiente muy positiva y otra que ofrece graves reparos. Aquélla viene de la capacidad verbal de De Prada, de su admirable dominio del idioma, del acierto para aplicar adjetivos sorprendentes, iluminadores, brillantes. Únicos. Esta prosa sensitiva, rica, bien dotada para la imagen y a la vez muy eficaz en la argumentación se encuentra entre las mejores de este momento. Dicho todo esto en honor y justicia del autor, hay que agregar un par de notables limitaciones. Una escritura de pastiche involuntario –dejo aparte el caso de calcos que recrean un estilo dado- de otras escrituras, lo que rebaja la creatividad, aunque destaque su capacidad de mímesis. La otra limitación tiene que ver con el permanente ejercicio de estilo, con la devoción por las comparaciones, imágenes y metáforas de las memorias de Navales. La prosa requiere fluidez y cierta naturalidad que están reñidas con el incesante ejercicio retórico del narrador. Así, el estilo de la novela, siendo aislado ejemplo de la creatividad y de hallazgos expresivos, llega a acartonarse por preciosismo.

De Prada es un nombre inevitable a partir de ahora en nuestras letras y no un escritor común, no uno de los muchos que llena los sótanos de la Nacional. Posee tantas cualidades que merece una gran atención, pero necesita someterse a un baño de mesura, a una reflexión muy severa sobre lo que hace, no sea que se ahogue en una prosa tan satisfecha de sí misma que se convierta en un pantano estancado y no en un río vivo.

Autor: JUAN MANUEL DE PRADA

Edicion: Valdemar, Madrid, 1996

Paginas: 608

Titulo: Las máscaras del héroe